



El Eco de la Cruz

PAX VOBIS

Año XXVIII Zaragoza, 5 Febrero 1926 Núm. 643

CON CENSURA ECLESIASTICA

Se publica los primeros y terceros viernes de cada mes

Dirección y Administración: Calle del Pilar, 5 Teléf. 1578

Sucursal de EL ECO DE LA CRUZ Calle Benavente y Moriones, 5. fábrica de toquillas (antiguo camino del Sábado).

EPISTOLA

Sra. D.^a L. J.

Muy señora mía: Recibí su carta fecha 26 del pasado, y con grande pena tengo que decirle: no hay segunda serie de "confidencias". El único que las haría de muy buena gana sería el Macario. Y aún le añado: crea usted que serían interesantes y sabrosísimas, sobre todo, sabrosísimas. Pero me temo que su amo y señor no le dejará hablar a sus anchas. Y crea que tampoco a mí me dejaría decir a los lectores todas esas cosas que usted desea saber. Si alguna vez viene usted por Zaragoza y se pone al habla conmigo, entonces satisfaré su curiosidad, hoy no.

Pero hay en su carta una pregunta que quiero recoger, y sobre ella voy a emborronar estas cuartillas. Dice usted: "¿pero la muerte es cosa que tranquilamente se puede ver venir?" Yo la diré: Según el plano en que uno se coloca, y según el bagaje que uno lleva auestas. A ras de tierra la muerte es desesperante. ¿Es tan apreciable cosa la vida! ¿Tiene tantas satisfacciones! ¿Tan hondas son muchas de las alegrías que nos trae! ¿Que también tiene dolores y amarguras? Pues a pesar de esto es apreciable cosa la vida. Como que el mayor bien y la mayor alegría de la vida es la vida misma. Considere usted lo que será perderla. Pero en un plano más elevado, la muerte no es la pérdida de la vida, es el paso hacia otra vida mejor. Una especie de túnel, oscuro, frío, húmedo, pero al final del cual empiezan los campos de la eternidad, la tierra de los que viven, como dice la Liturgia de la Iglesia. ¿No cruzamos sin miedo los túneles de nuestras vías férreas? Se suben los cristales de las ventanillas para que el humo de la máquina no nos ahogue, y a lo más, lo único que sentimos es el ansia de ver pronto los nuevos horizontes que nos esperan. Para el que no tiene fe, la muerte es desesperante: para el que la tiene grande, no puede serlo. Es ella la que nos llevará a Dios. Para verle cara a cara. Para disfrutarle eternamente. ¿Quiere usted más? para amarle aún más de lo que nosotros hemos deseado en nuestros ratos de mayor fervor, inmensamente más. ¿Quiere usted más? sin peligro ya

de dejar de amarle de ese modo ni un solo instante por siglos infinitos. Y todo esto, no solos, acompañados. ¡Oh dulce compañía de la Virgen, de los Angeles y de los bienaventurados! ¡Oh dulce compañía de las almas a quienes amamos en la vida! Y me dirá usted: ¿si eso fuera seguro! ¡Vaya si lo es! a menos que el bagaje que se lleve auestas impida la entrada. Y en nuestra mano está no llevarlo. Aún más, es cosa facilísima. ¿Hay cosa más fácil que llevar una vida cristiana? ¡Si cuesta más trabajo ser malo que ser bueno! Que si la bondad ha faltado alguna vez, ¿hay cosa más sencilla que arrepentirse de ello y confesarse? Y créalo usted, cuando la conciencia está tranquila, la muerte no puede robar esa tranquilidad. Siempre quedará el apego a la vida y por consiguiente el duelo de morir, si las sobrealabundancias de la gracia no nos hacen superiores a ese apego tan natural. Pero la tranquilidad no se turbará por ello. El alma va a su casa y a su Padre. Cabe turbarse cuando se va a casa de huéspedes o a una fonda. ¿Qué trato nos darán? ¿Qué habitaciones nos reservarán? ¿Qué cuenta nos presentarán? Pero cuando se va a casa, y en la casa por añadidura está el padre, la turbación sería ridícula. Comeremos en su misma mesa. Dormiremos bajo el mismo techo. La cuenta la tiene El ya pagada por adelantado. ¿Y no es nuestra casa el cielo? ¿Y no es nuestro Padre Dios? Hago punto final. M. DE SANTA CATALINA.

LOS EXTREMOS SE TOCAN

Se ha herido el pobre Pepe
con un cristal;
¿han visto ustedes cosa
más especial?
¡Cristal insano,
ensangrentar al chico
toda la mano!

Aunque si bien se mira
y, hablando en prosa,
sólo ha sido un rasguño,
muy poca cosa.
Pepito mío,
no llegará por eso
la sangre al río.

Pero el chico llorando
parece un loco
y no hay quien le consuele
mucho ni poco.
¡Oh cuánto mal
padece el pobre nene
por un cristal!

Calla, hermoso, querido,
le dice Pura,
calla y no temas que eso
pronto se cura,
y la chiquilla
besa al niño en la frente
y en la mejilla.

Mira que, si no callas,
vendrá aquel chuchó
que se come a los chicos
que lloran mucho...
Ven, chuchó, ven,
que mi Pepito llora
bastante bien.

Pues, si te oye la madre
llorar así,
bonito es el jaleo
que se arma aquí;
aunque está sorda,
si no hoy en esta casa
se arma la gorda.

¿No te callas, Pepito,
monín, encanto,
sabiendo que tu Pura
te quiere tanto?
Si eso no es nada;
pues, señor, hemos hecho
buena ensalada.

¿Te callas, di, te callas?
¿No me haces caso?
Di ¿no te callas viendo
lo que yo paso?
¿Dices que no?
Pues... anda y que te aguante
quien te crió.

JULIO ASCANIO.



TRIBUNAL BARATO

—Macario.

—¿Qué ocurre?

—Que entres un ratito. Tengo ya hambre de cambiar impresiones contigo acerca de los graves acontecimientos de estos días.

—Yo también tenía ganas de hablar con usted pa que me contara algo de lo que ha visto por allá, si es que lo *pué* decir; ahura, si l' han prohibido hablar y l' han dicho que no *tié* que *icir* una palabra, me conformo; haga usted lo que le cumpla, no vaya usted a pagarlo luego.

—Pero ¿a qué te refieres, Macario?

—Me refiero a lo que usted ha debido ver *pol* otro mundo y que yo, hace días, quiero preguntarle y no m'atreva.

—Pero, hijo mío, si yo no he estado en el otro mundo.

—Pues poco le habrá *faltao*.

—Poco y todo.

—Yo pensaba que lo habría visto usted todo como por un ventano.

—Nada, no te canses, no he visto

nada ni he podido ver, porque no me he muerto. Pero vamos a hablar de la muerte, sí; pensando en morir, se aprende a vivir. Y más ahora que estamos en la época del carnaval idiota que en todo piensa menos en que el hombre ha de morir. Y en primer lugar, hijo mío, pensando en aquellos días, en que la muerte entró en nuestra casa, olfateando por todas las partes la presa en que se iba a cazar, no puedo menos de acordarme de lo que decía nuestro Señor Jesucristo, cuando afirmaba que la muerte vendría como el ladrón, que se esconde y no se le ve. Nada tenía más cerca de mí que la muerte, y yo sin conocerla.

—Pues yo la *hubía* conocido, que la *hí* visto retratada muchas veces en los libros que *tié* usted por ahí: alta, fea, amarilla, seca, desdentada, horrible, chata...

—Así la pintan, hijo mío; pero no es así la muerte.

—Pues es el puro retrato.

—Sea lo que quiera, lo cierto es

que yo no la barrunté por parte alguna. Hubo necesidad de que un amigo íntimo viniera a denunciármela diciéndome: ¡Por aquí anda la muerte y no ha entrado con buena intención! Ojo, arregla las cosas, pon en orden la maleta y espera que suene la voz que diga: "señores viajeros, al tren". ¡Qué sorpresa, Macario; sentí la más grande sorpresa de mi vida, lo que menos podía imaginarme! Me rehice al instante, hijo mío, y no sólo me rehice, sino que me sentí lleno de alegría. Y dije al amigo que me acababa de dar la mayor prueba de amistad: Gracias, gracias; sé el sacrificio que esto le cuesta, Dios se lo pague. Y aquí, hijo mío, quiero hacerte notar algo que es muy consolador. Tal vez despierte la protesta de algunas conciencias timoratas; pero no importa: yo me debo a la verdad y la diré sin miedo. No dudo, hijo mío, que aquel que ha vivido siempre de espaldas a Jesús, odiando a Jesús, blasfemando de Jesús, al llegar el trance de la muerte, tiemble y se asuste al verse solo y desamparado de todo auxilio. Pero a mí, al contemplar mi vida pobre, rota y llena del polvo del camino, al pensar en que debía temer en aquella hora a Jesús, Juez de vivos y muertos; me hacía sin cesar consideraciones, y acaba siempre diciendo: ¡Dios mío, Dios mío, a dónde volveré mis ojos si, lleno de temor, los aparto de Ti, Jesús! Yo tiendo mi vista por el Universo mundo y si, todo me da miedo, porque no he sido bueno como son todas las otras cosas. Todo me da miedo porque, en el Universo, soy un hueso dislocado, una nota desafinada y temo que todos los seres me vayan a echar del mundo a punta-piés. Pero a Jesús, no; temo a todos menos a El. Que ¿por qué? Porque precisamente ha venido a la tierra por eso, para que, en estos supremos trances, no tuviéramos miedo. Predicadme que tenga miedo a Jesús tres años seguidos y, a renglón seguido, si me veo en algún apuro, huyendo de todo, me refugiaré en sus brazos, en los brazos de aquel Jesús que es mi Padre, mi Pastor y mi libertador. El ha dicho: "Yo soy el buen Pastor y conozco mis ovejas y ellas me conocen a mí". Y ante esta idea, no entiendo, ni quiero entender, el temor a Jesús; me parecería una ingratitud monstruosa huir de El, al mismo tiempo que oigo su voz dulcísima diciendo, no por cumplimiento, sino con acentos de verdad paternal: "*Venid a Mí, venid a Mí todos los que estáis cargados...* No, no, ni ahora ni nunca desoiré esta voz amiga, la única voz amiga que se oye en el momento de la muerte, por más que mi conducta esté muy lejos de estar a la altura de un amor tan grande como el suyo paternal. Predicad a las ovejas el miedo al pastor, aunque sea bajo el pretexto del respeto que el pastor se merece. Las ovejas, dóciles, con la cabecita baja, os oirán; pero, si entretanto, sobreviene algún peligro, huyen del predicador, le dejan con la palabra en los labios y corren hacia dónde?, hacia el Pastor Jesús; y allí se apretujan unas a otras por estar más cerca del Maestro, el único que las ampara. Y esto pasa así, porque la voz de la naturaleza es más elocuente que la voz de todos los predicadores y ella es la

que arrastra y empuja hasta no poderla resistir.

—Mire, *señor*, dice *usted* unas cosas tan raras que uno se *güelve* tonto y no sabe qué pensar. En eso *mesmo* del sermón del *ganao* de las ovejas... ¿Pero es que *usted* ha visto alguna vez a las ovejas oyendo misa y escuchar el sermón de los curas? Y aunque alguna oveja fuera a la iglesia, que no irá, no haría caso; estaría sin atender, con la cabeza vuelta a todas partes...

—Bueno, tú eso no lo entiendes, está sobre tu capacidad; sigamos adelante.

—Quedamos, hijo mío, en que el hombre, cuando en su vida no ha cambiado los rumbos de su ser por una obcecación suicida; cuando ha seguido a Jesús con paso más o menos acelerado; en la hora de la muerte, al verse solo, crece esa adhesión y confianza en Jesús, y esa confianza es la que le inspira la pena por haberle ofendido y la resolución de desprenderse del todo para lanzarse en sus brazos; pues entonces se ve claro que Jesús es más que una madre. Las madres quieren, sí, pero no pueden; pero Jesús no, es algo más, quiere y puede.

Otro género de confianza inspira Jesús en aquellos momentos, y es la confianza de que la deuda que nuestras almas llevan, en aquel día de la liquidación general, se pagará toda; Jesús abraza al alma y la dice: "Hija mía, no temas, debes mucho, estás confesada, es decir, has reconocido la deuda, lo mío es tuyo, lo tuyo mío; dame tus miserias. Yo te daré mis caudales y... a pagar. No, no entrarás en el cielo con la cabeza baja, como aquel que recibe algo de limosna; sino con la cabeza alta y bien alta, como el que entra por derecho propio. Y si alguien te pregunta cómo has hecho para pagar la entrada, le dices que me lo pregunte a mí, que yo le contestaré. Nada, nada, hija mía, todos somos unos y formamos una sola familia. ¿Quién dijo miedo?, hija mía, es lo único que me podría disgustar. Pues no faltaba más, temerme a mí, a mí que soy Amor".

—Pues, hijo mío, no *tié* *usted* poca confianza con Nuestro Señor. No *paice* sino que han ido juntos a la escuela. Como si Nuestro Señor fuera un cualquiera; *na* más falta que le convide *usted* a echar un partido a la pelota.

—No, hombre, no; no hago más que afirmar lo que todos sabemos: que Dios es Padre y el mejor de los Padres; y nadie tiene derecho a extrañarse de que yo pinte a Jesús así, como el mejor de los Padres, como lo que es.

Y aún te diría más, Macario, aún te diría más.

—Gomite *usted*, pues, hombre, *gomite* *usted*. Total, esta tarde yo la tengo perdida.

—Pues bien, te diré que entonces ve claramente el hombre lo difícil que ha hecho Dios el que los hombres se condenen. Y no quiero decir que los hombres no se condenan, no; lo que quiero decir es que el hombre, a pesar de los obstáculos que Dios ha puesto para que se condene, es tan malo que salta por todo, vence todos los obstáculos y baja, sin remedio, al abismo. ¿Qué malo será el hombre cuando su malicia es mayor, diría-

mos, que la bondad de Dios! Realmente, hijo mío, asusta el abismo de maldad a que llegan muchos corazones. Y no me refiero sólo a los hombres de condición humilde, no. Hay hombres mucho más idiotas y perversos que esos seres. Hay hombres de carrera y aun de cierta ilustración, que pasan toda la vida matando a Dios en su corazón. Y no sólo matan a Dios, sino todo rastro, toda huella que Dios pueda dejar, al pasar por las almas y por las cosas. Sí, Dios es como los grandes artistas, que ha creado los seres del Universo y, al pie, ha puesto su firma. Pues bueno, hay hombres que, con un odio incomprensible, por espíritu satánico, van cautelosamente borrando esa firma, para aislar a Dios de todos los seres, como si Dios nada hubiese hecho y como si nada le debiéramos. ¡Y aún muchos de esos entes desdichados se llaman sabios y filósofos! Gracias que ya estamos curados de esas tonterías y hasta los pobres sabemos que ciencia y filosofía sin Dios no sirven para nada, si no es para formar los grandes charlatanes que no hacen más que ruido y nos dejan solos cuando más necesitamos de auxilio. Traedme a Dios y todo se anima; quitadme a Dios y, en su lugar, aparece la charlatanería universal.

—Pero, mire, *señor*, no me negará que la muerte es muy triste y, si me niega *usted* eso, me *paice* que le falta una mijaja de talento.

—Hijo mío, Dios ha hecho la vida y ha puesto en nuestro pecho mucho amor hacia ella; por eso el perderla lo consideramos como un mal. Pero no hay que perder de vista que, con las desgracias, viene Dios a nosotros para mitigar su amargura. Y no te negaré que, para el que no tiene fe la única riqueza es esta vida, porque no tiene otra. De ahí que el morir sea para él el mal supremo que le puede sobrevenir, pues con la vida lo pierde todo. Pero para el que tiene fe, no; pues dispone de dos vidas, la presente y la futura. Y con la muerte no lo pierde todo; no hace, si es bueno, más que cambiar esta vida roñosa por la otra rica y espléndida, y aún gana; por eso reacciona y se consuela pronto.

—Vaya, *señor*, no sé qué decir; no *quió* torialo más; me *paice* *usted* un miura.

Sí, hijo mío, sí; para terminar, te diré que en aquel momento solemne de la muerte, el hombre al lado de Jesús, que es el calor, se funde como la cera cerca del fuego. Y, al fundirse, llora; pero no llora lágrimas amargas, no; son lágrimas dulcísimas de profundo agradecimiento y, al sentirse junto a su libertador, tan padre y tan bueno, no tiene, ni quiere tener fuerzas más que para abrazarle tiernamente y decirle: Jesús, Jesús bueno, Jesús mío, sí, Jesús mío, todo mío; sólo siento una cosa, tan sólo una cosa, ahora que como nunca te das todo a mí. Yo no te puedo dar nada que se parezca a lo que Tú me has dado. Tu vida rica y esplendorosa me pertenece; yo no tengo más que trapos que pronto serán gusanos. Pero ¿quién sabe lo que Tú eres capaz de hacer con estos trapos, si los arrojas a la gran fábrica de tu Corazón! ¿No eres Tú el divino trapero que comercia con

los trapos de la vida de los Humanos? Pues toma, sólo siento no poderle ofrecer cosa mejor. Pero, supuesto que comercias en trapos, toma, toma todos los trapos de mi vida. Y que aproveche; con ese comercio me harás a mí rico y Tú te acreditarás una vez más de Padre Sabio y Bueno.

EL MAGO.

ECOS DEL SAGRARIO

Ten fe...

Dios no carga una cruz sobre nuestros hombros sino por planes de bondad.

Un padre no goza en hacer sufrir inútilmente a sus hijos, y Dios es Padre.

Por esto, cuando nos hace sufrir no podemos decirle más que esto: Señor, dadme vuestra gracia y hágase como queréis. No sé el bien que pretendéis en mí con esta cruz, pero yo creo firmemente en vuestro amor. Fiat, fiat.

Acabo de comulgar.

¿Quién me diera abrasarme en amor de El!

Porque nunca como hoy he sentido la verdad de estas palabras: "si mi enemigo me maldijere, yo lo llevaré con paciencia; pero ¿qué lo haga tú a quien he sentado en mi propia mesa!

¡Oh, mi Dios! dadme un corazón más grande y llenadlo de vuestro amor.

Del diario de un alma eucarística:

Día 23.—Dios se ha dignado visitarme con una pequeña cruz.

Fiat, Señor, fiat.

Recibo con alegría las satisfacciones que me procuráis, los consuelos con que me alegráis, los fervores con que me animáis. ¿No he de recibir a lo menos con resignación esta pequeña cruz que me habéis enviado?

Fiat, Señor, fiat.

Comulgo todos los días.

Y no es la costumbre la que me lleva a comulgar: es el ansia de que Dios se *apodere* de mí, me llene de su gracia y acabe con estas miserias que llenan mi vida de cristiano.

¿Qué hay en mí que el milagro no se realiza nunca?

Porque la culpa no es de El.

Como no tiene la culpa el agua de que la piedra no se ablande.

Ni la tiene el sol de que no vean la luz los ciegos.

Pero no me canso de esperar.

Malo como soy, Dios aún puede hacerme bueno.

¿No se compadecerá de mí un día y hará un alarde de su poder?

Yo lo quiero.

Se lo pido con toda el alma.

Lo espero firmemente.

No puedo dudar de su bondad, que es inagotable.

Ni de su poder, que no tiene límites.

¡Señor! ¡Señor! Abreviad vuestra hora.

M. DE SANTA CATALINA.

HOJA PARROQUIAL DE ALCOBENDAS



—Niña hermosa, que contemplas
La hermosura de los cielos,
Con la luna entre celajes:
¿Has visto la inmensidad
Donde el ave se recrea,
Donde el hombre se levanta
Y todo él se anonada
Ante el Dios de Majestad?

—Sí, lo he visto, y me enajena;
Mas yo un misterio descubro:
En toda la inmensidad,
En los cielos, en la luna,
Con instinto celestial,
Dios ha querido que el hombre
Vea en esas maravillas
A mi Virgen de la Paz.

—Mas, niña, ¿qué estás diciendo?
¿De dónde eres, sin que te ofendas?

—Yo, señor, yo no me ofendo;
Yo, señor, soy de Alcobendas,
De ese pueblo que, de antiguo,
Allí por siempre venera
A una Virgen que... ¿cómo decirlo?
Es siempre su medianera.
A Ella acude siempre, siempre,
Con tristeza y alegría,
Porque siempre le acompañe
Y sea su norte y guía.

—¿Sabes, niña, que me encanta
Esa fe tan grande y pura?

—Tal vez algún descreído
Juzgue ser una locura,
Y... señor, si amo a la Virgen,
Es mal que no tiene cura.

—¡Oh! ¡Quién tuviera esa fe!
—Eso es fácil de alcanzar,
Si de veras se la pide
A la Virgen de la Paz.

—¿Quién te ha enseñado a creer
De esa manera? Dí, niña.

—Mi madre, señor, mi madre,
Mi madre del alma mía,
Aquella santa mujer
Que en sus brazos me cogía,
Y con acento muy tierno,
Y antes que yo me dormía,
Hablándome de la Virgen,
Suspirando me decía:
“Hija querida del alma,
Yo siempre no viviré,
Ha de llegar algún día
En que yo me moriré.
Moriré para este mundo
Y viviré para el cielo,
Y te quedarás sin madre,
Sin madre, que es tu consuelo.
Y cuando llegue ese día
Y tu madre haya expirado...,
Mira a la Virgen bendita,
La Madre que te ha quedado.
Rézale todas las noches,
Reza con gran devoción,
Y no dudes, será siempre
Tu Madre de corazón”.

—Yo me siento acobardado,
Sin saber qué contestarte,
Pues tus razones son tales
Que ya no puedo ni hablarte.

—Mi fe en mi Virgen es grande,
Más grande que todo el mundo,
Porque es la fe de mi madre...,
Y no hay nada más profundo.

—No sé qué pasa por mí,
Me encanta tu corazón,
Eres un ángel de Dios
Que convida a la oración,
A la oración verdadera,
A la oración pura y santa,
Que a los hombres hace humildes
Y a los ángeles encanta.
Yo también quiero acercarme
A las gradas del altar,
Para adorar la grandeza
De tu Virgen de la Paz.

—¡Virgen de la Paz bendita!
Al verte en la procesión,
Rodeada de tu pueblo,
Con sin igual devoción,
Con tu corona de luces,
Signos de tu protección,
Con tu carroza de Reina,
Reina y paz del corazón;
Al contemplarte en las calles,
Dándonos tu bendición,
Por mis ojos deslizaron
Lágrimas del corazón.

Me acordaba yo, sí, me acordaba
De aquella que era mi madre,
La que me enseñó a quererte,
Cuando me quedé sin padre.
Desde entonces, Madre mía,
Tú eres mi único aliento,
Mi consuelo, mi alegría,
Mi vida, mi pensamiento.
Por eso, al llegar tu fiesta,
Río y lloro al mismo tiempo,
Al verte a Ti y a mi madre
Con el mismo sentimiento.

—Yo me entusiasmo al oírte,
Yo me entusiasmo al mirarte,
Y cuando veo tu fe,
Mi deseo es contemplarte.

Por tus bellas expresiones,
Y por tu virtud sin par,
No me extraña quieras tanto
A tu Virgen de la Paz.
“Madre mía; no me dejes
En amargo desconsuelo,
Condúceme piadosa
Hasta las puertas del cielo,
Para ver tu gran bondad
Y contemplar noche y día
Cuánto se ha gozado Dios
En su Madre y Madre mía”.

—Me alegro que, al fin, conozca
A esta Virgen sin igual,
La Patrona de mi pueblo,
A mi Virgen de la Paz.
Vamos juntos, vamos pronto,
Vamos a su santo altar,
Y pidámosle la gracia
De alabarla sin cesar.

Conferencias pro cultura

El 19 de Diciembre último disertó el profesor Veterinario, D. Felipe Sánchez López, acerca de la *rabia*, tratándola en el animal y en el hombre. Fué un discurso bien documentado, abundante en citas y ejemplos, haciendo derroche de sus conocimientos en la profilaxis, sueroterapia y vacunoterapia, haciendo resaltar la desgracia de los hombres antes de la invención del suero antirrábico, explicando que el perro mordido es mal llamado hidrófobo, pues no sólo tie-

ne horror al agua, sino antes inclinación invencible al agua, y si no puede beber es debido a la paralización de la glotis, que se lo impide.

Se extendió en la demostración de la aplicación de la vacuna, perfeccionada por el insigne Pasteur, y nos dijo que no existe ningún Instituto Antirrábico a mayor altura que el de Alfonso XIII, de Madrid; con todo lo cual demostró la verdad del principio de su perfecto y profundo discurso cuando nos dijo que “hacer sanidad es hacer patria”.

Fuó muy aplaudido, según lo merecía.

El 23 habló D. Rafael Burguete de la *navegación marítima*, describiendo desde el primitivo y rudimentario barco, semejante a los juncos chinos, hasta nuestros modernos transatlánticos, hablando después de la fauna y flora marítimas.

Fuó aplaudido.

El 9 del pasado Enero habló don Fernando Burguete de la *electricidad* en sus dos estados, estático y dinámico, describiendo desde la primitiva máquina de Ramsem y la primera pila de Volta, hasta las modernas, expresando los peligros de los cables de alta tensión y otras notas curiosas de vulgarización de la electricidad.

También fué aplaudido.

El 16 de Enero tocó el turno a D. José Méndez García, empleado del Congreso de los Diputados, hablando del *niño en la sociedad*, tema de Pedagogía. El disertante, con un discurso rebosante de oratoria y de literatura, dominando no sólo su tema sino también el léxico, como D. Felipe Sánchez López, nos habló de la primera educación del niño por sus padres, que son los que deben sembrar en su corazón virgen los gérmenes de la virtud y la honradez, como el labrador escoge la buena semilla para su campo, deteniéndose en consideraciones acertadísimas referentes a su completa educación moral, a fin de que sea su sostén y ayuda cuando la nieve de los desengaños y de la vejez lo necesiten, inculcando el respeto a la escuela, no considerando al maestro sino como su segundo padre y la escuela no como lugar de expiación o de castigo, sino como una prolongación del hogar paterno, con otras cosas útiles y provechosas que el espacio me impide comentar.

Fuó muy aplaudido.

Que conste a todos nuestra cordial y entusiasta enhorabuena.

MARIANO SEBASTIÁN IZUEL.

Para todos

“Ved a los Religiosos: son la nobleza de la familia cristiana. He ahí la raza escogida y el pueblo predilecto. He ahí los ángeles de la tierra que están más cerca de la Majestad divina, y forman acá abajo su escolta y su guardia de honor”.

Tip. Gambón : Canfranc, 3, Zaragoza